

**XXV Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana  
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, diciembre de 2012**

**¿Ser un pueblo enfermo es el problema social del indio?**

Guillermo Blanck

Miguel Ángel Asturias provocó, a lo largo de toda su vida, una oposición muy fuerte en un sector de la crítica. El ensayo “*Las “traiciones” textuales de El Señor Presidente*” de Jorge Ruffinelli, ejemplifica muy bien el punto<sup>1</sup>. Martin Lienhard no suele encontrarse entre estos críticos. Es por esto que sus comentarios acerca del substrato ideológico de las Leyendas de Guatemala cobran especial importancia:

“A mi modo de ver, la ideología que subyace a *Leyendas de Guatemala* no atestigua, como a menudo se deja entender, una ruptura total con las posiciones que Asturias defendió en 1923. En el texto de 1930 se aprecia sin dudas una “ruptura” importante, pero ésta remite menos a la ideología que sustenta el texto que a la manera –indudablemente novedosa– de practicar la escritura literaria.”<sup>2</sup>

En otras palabras, *Leyendas de Guatemala* comparte, esencialmente, el punto de vista de *El problema social del indio*, la tesis doctoral con la que Asturias se recibió de abogado en 1923. Esta tesis es un despliegue de las ideas usuales del racismo favorecido por la eugenesia, que dominó la cultura europea entre 1890 y 1940. Por ejemplo, señala Asturias, entre otros signos de degeneración física del indio, que éste posee un índice cefálico menor que el normal. Completemos el entimema: Si tienen el cerebro más chico, su inteligencia debe ser menor. Hoy es fácil refutarlo. Entre los escritores, Ivan Turgenev tenía

---

<sup>1</sup> Ruffinelli, Jorge: “Las «traiciones» textuales de El señor presidente”, en *Escritura, teoría y crítica literarias*, III, N° 5 y 6, Caracas, enero / diciembre de 1978. Para mayor información sobre el tema, puede leerse el ensayo de Gerald Martin “Asturias, *Mulata de Tal* y el “realismo mítico” (en Tierrapaulita no amanecer).” En Miguel Ángel Asturias, *Mulata de Tal*, Madrid, Sudamericana, Colección archivos, 2000, pp. 979-986.

<sup>2</sup> Martin Lienhard, “Nacionalismo, modernismo y primitivismo tropical en las *Leyendas* de 1930.” En Miguel Ángel Asturias, *Cuentos y leyendas*, Madrid, ALLCA XX, Colección archivos, N° 46, 2000, p. 526. En adelante, todas las citas de *Leyendas de Guatemala* corresponderán a esta edición.

una capacidad cerebral de un poco más de 2000 cm<sup>3</sup>, mientras que Anatole France, una apenas mayor que 1000 cm<sup>3</sup>. La conclusión debería ser que Anatole France poseía una inteligencia muy inferior a la normal, cosa que sin duda no compartirían las víctimas de su habitual mordacidad.

Una de las acotaciones de *El problema social del indio* es, sin embargo, interesante para este trabajo. Señala Asturias que las necesidades energéticas del indio guatemalteco son inferiores a las normales, y comparables a las del habitante del Congo. Podemos unir este dato a la reflexión de Lienhard, y preguntarnos si el clima onírico que la crítica normalmente elogia en *Leyendas de Guatemala* no es sino una manifestación de su supuesta ideología conservadora. Algunas breves citas de “La leyenda de la Tatuana” pueden ser resignificadas bajo esta mirada: “Una hebra de humo de tabaco separaba la realidad del sueño, los gatos negros de los gatos blancos [...]” (p. 32) O, hablando de los servidores del mercader: “Y los treinta servidores montados llegaban a la retina como figuras en un sueño.” (p. 33).

O bien esta otra, tomada de la “Leyenda del tesoro del Lugar Florido”. “El bullicio, empero, no turbaba la noche. Era un mercado flotante de gente dormida, que parecía comprar y vender soñando.” (p. 40). O bien “De las orillas del lago se disparaban barcas con que llevaban gente de vestidos multicolores, gente con no sé qué de vegetal.” (p. 40). Si la hipótesis de Lienhard es correcta, es natural que gente con necesidades energéticas pobres parezca dormida, y su particular representación no obedecería a motivos estéticos, sino ideológicos.

Lienhard incurre en el mismo ensayo en un procedimiento típico de quienes buscan demonizar las supuestas posiciones conservadoras de algunos escritores indigenistas: apelar al período concesivo cada vez que un hecho parezca desmentir la tesis. Por ejemplo, cita las opiniones de Asturias sobre Carlos Mérida, un artista plástico influido por la sensibilidad maya, publicadas en *El imparcial*, en 1928, dos años antes que *Leyendas de Guatemala*:

Cabe enfatizar que la admiración por lo indígena que Asturias expresa de paso en sus reseñas sobre la obra de Mérida no desmiente del todo el pesimismo de su tesis de 1923 en cuanto a las posibilidades de recuperación de los indios guatemaltecos. Hallándose sin duda bien avanzado ya en la escritura de *Leyendas de Guatemala* Asturias<sup>3</sup> no deja, en efecto, de aludir una vez más a la falta de energía de los indios (contemporáneos), a esa “vida que se extingue con la raza, con los indios enfermos” [GB: Hay una nota aquí, la n° 39]<sup>4</sup>.

La reproducción de la nota al pie que coloca Lienhard, la n° 39, es importante para la argumentación que sigue mi ensayo:

La alusión a los “indios enfermos” aproxima a Asturias, ideológicamente, al indigenismo conservador, cuyo abanderado principal fue, sin duda, el boliviano Alcides Arguedas, autor del ensayo “Pueblo enfermo” (1901), en *Obras completas*, México, Aguilar, 1960.<sup>5</sup>

La cita parece razonable, después de todo, se trata de dos escritores de literatura indigenista, normalmente señalados por sus posiciones ideológicamente retrógradas con respecto al indio. Es curioso pensar que Arguedas y Asturias pudieran haber compartido su postura ideológica con respecto al indio, ya que no coincidían entorno al rol de los mestizos. Arguedas era blanco y Asturias ladino, es decir mestizo. Lienhard sostiene, que la tesis central de *El problema social del indio* es que se puede mejorar una raza gastada, la indígena, con una raza vigorosa, de procedencia europea. Pues bien, Alcides Arguedas afirmó, de una manera constante, entre 1909 y 1936, que el mestizaje no era la solución del problema que planteaba la plena integración del indio a la sociedad boliviana. Arguedas, en 1909, consideraba las razas como simples divisiones psicológicas entre los pueblos. Cita la obra de Jacques Novicow, *L'avenir de la race blanche*, para señalar que nadie había podido señalar jamás cuáles eran los rasgos distintivos de la raza. Y a continuación critica la división de la población que hace el censo de Bolivia de 1900 en cuatro razas, blanca, india, mestiza y negra, señalando que no hay marcas distintivas que separen la raza blanca de la mestiza. Por eso prefiere titular a dos capítulos de *Pueblo*

---

<sup>3</sup> Hay una nota aquí, la 38, en la que Lienhard señala que toma las opiniones de Asturias del artículo aparecido en *El Imparcial*, reproducido en *MAA, París 1924-1933. Periodismo y creación literaria*, ed. Amos Segala, Madrid, Colección Archivos, 1988, n° 214, 29 de mayo de 1928, pp 271-272.

<sup>4</sup> Martin Lienhard, “Nacionalismo, modernismo y primitivismo tropical en las *Leyendas* de 1930.” En Miguel Ángel Asturias, *Cuentos y leyendas*, Madrid, ALLCA XX, Colección archivos, N° 46, 2000, p. 536.

<sup>5</sup> Op. Cit., p. 536. En lo sucesivo, usaré la siguiente edición para citar esa obra: Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937. (Se trata de la versión revisada por Arguedas en 1936). Hay una errata en la fecha consignada por Lienhard. *Pueblo enfermo* fue publicada en 1909, no en 1901.

*enfermo* “psicología de la raza india”, y “psicología de la raza mestiza”, respectivamente, y a los dos subsiguientes, “psicología general” y “psicología del carácter indoespañol”. Siguiendo las ideas del mencionado Navicow, así como también las de Napoleone Colajanni y Louis Finot, hacia 1909 creía que las razas solamente podían haber existido puras en la prehistoria (p. 33). Sin embargo, esta ausencia de límites precisos no le impedía impugnar el mestizaje: “ Las causas del hibridismo y sus fatales consecuencias las ha señalado [...] Nicomedes Antelo [...]” (p.33).

Hacia el final de sus días, Arguedas manifestó cierta simpatía con el nazismo. En un pasaje que une sus dos grandes rencores, el periodismo y los mestizos, dice:

Los periodistas –o la generalidad de las gentes metidas hoy en los periódicos, salvo, naturalmente, conocidas excepciones– son gentes de muy baja calidad, no tanto por la limpieza de sangre como por falta de probidad moral y buena educación–, y escribe cualquiera, cualquiera que sepa leer y escribir, por mucho que le falte don de comprender y observar. Son gentes ordinarias, vulgares, sin cultura, sin carácter y sin moral. Con ellas se puede hacer todo, pagándolas o amenazándolas, y responden admirablemente al tipo medio de la población, donde predomina el elemento mestizo con todas sus taras ya conocidas y puestas de relieve en otro lugar. (p. 262).

En el mismo capítulo cita más de un pasaje de *Mein Kampf*, en los que Hitler enfatiza la supuesta amenaza que los mestizos (“el producto híbrido”) significaban para la pretendida raza superior. Ciertos comentarios dan pie a pensar que hacia 1936 Alcides Arguedas había llegado a pensar que los mestizos eran biológicamente inferiores.

Se puede ver, entonces, lo errado que es comparar a Asturias con Arguedas en lo que a mestizaje se refiere. Aún así, podrían concordar en su visión general del indio; sin embargo, no lo hacen. Es cierto que hay similitudes externas: ambos consideran que la colonización destruyó la cultura indígena, los dos piensan que hay una degeneración física provocada por el alcoholismo. Pero la tesis doctoral de Asturias da pie a pensar que el indio es intrínsecamente, constitutivamente, inferior al blanco; ésta no es la concepción de Alcides Arguedas. Para *El problema social del indio* hay motivos fisiológicos que señalan la inferioridad de los indígenas: estatura pequeña, capacidad craneal reducida, eliminación de urea inferior

a la de los organismos sanos, etc. Arguedas considera que las diferencias son psicológicas. El indio es mentiroso, desleal, pasivo; pero es el hombre blanco el que ha influido para que estas características lo dominaran. Alcides Arguedas no desprecia al indio, sobre todo, al aymara. Voy a intentar mostrarlo a través de una larga cita (p. 67):

Indudablemente que a la gran masa de sangre aymara de los paceños, se han mezclado algunas gotas de la castellana: son graves, inclinados a la rumia meditativa, tristes, orgullosos, fieros y algo propensos a la mentira. Este defecto de la mentira lo han heredado de los indios, y, como ellos, son en extremo apegados a su terruño. Satisfechos de la excelente posición de éste, de la infinita variedad de sus productos, se complacen en creer que serían capaces de llegar a formar *nación* aparte, próspera, feliz. Poco soñadores, adoptan con relativa facilidad las corrientes activas que les van del exterior, y esto constituye su fuerza aumentada por su carácter emprendedor que los empuja fuera, pero sin hacerles olvidar el terruño, al que vuelven siempre de cualquier parte y al cabo de cualquier tiempo... Así el aymara: dentro de su medio, aunque con trabajo, cambia, pero no se asimila a otro. El defecto principal de los paceños es la pedantería. Todo lo hacen provenir de sus solos esfuerzos. Aprovechan de las condiciones naturales de su suelo, rico en climas, en productos, en materias primas y en paisajes, para pregonar una actividad productiva que en realidad apenas se viene manifestando en estos últimos tiempos. Les gusta recordar las hazañas que la historia de la tierra conserva religiosamente, pero sólo en su aspecto batallador o guerrero, y huelgan en propalar con insistencia de su valor y virilidad colectivos. Diestros en intrigas políticas, saben aprovechar el momento oportuno para hacer que se impongan sus hombres, y son imperativos en la lucha; se les teme porque acostumbran recurrir a las vías de hecho, como razón suprema, para hacerse respetar; son batalladores como ningún otro pueblo de Bolivia,

Y es que la sangre de los *collas* la llevan virgen todavía, y los *collas*, parcos y aislados en sus covachas de la cuenca abrupta y árida del Choqueapu, entreteníanse en horadar el suelo para encontrar el oro codiciado por los mensajeros de los incas; y, pagado el tributo, volvían a su soledad angustiosa, altivos y hoscos. Ya en el *Ollantay*, solo monumento superviviente de la literatura incásica, se habla del carácter feroz de los moradores de los Andes, que éramos nosotros, o mejor, nuestros padres.

Y así los hijos.

El pasaje es notable. Por un lado se habla de sangre casi totalmente aymara, mezclada con unas gotas de sangre castellana. Luego, la acotación: el aymara cambia, pero *no se asimila* (lo cual es una virtud para Arguedas). Por último, la sangre de los collas la llevan virgen (casi no hay mestizaje). Y por último: esa tercera persona se convirtió en una segunda persona: nosotros éramos los moradores de los Andes descritos por Ollantay, nuestros padres. Gordon Allport señaló, en La naturaleza del prejuicio, la

importancia que tiene la utilización del *nosotros* para la construcción de un endogrupo. Es evidente que en el pasaje citado Alcides Arguedas se identifica con las características “puras” del pueblo Aymara.

En 1899 en el cantón de Mohoza, un grupo de aymaras sorprendió a una partida del ejército liberal, la torturó, y luego de asesinarla cometió actos de canibalismo. En *Pueblo enfermo*, Alcides Arguedas narra muy brevemente el episodio, es evidente que se siente a disgusto haciéndolo. Silencia completamente el tema de la antropofagia, y se extiende sobre las causas que llevaron a semejante reacción, y también sobre las barbaridades de la venganza blanca, incluyendo la sentencia a muerte de diez aborígenes, más otros dieciseis elegidos “con sorteo” (p. 42). La misma reticencia la encontramos en el final de *Raza de Bronce*, la venganza india no está narrada. No hay una descripción directa del incendio; percibimos la situación a través de lo que ve y oye Choquehuanka.

El intento de vincular ideológicamente a Asturias con Alcides Arguedas es una operación arriesgada. Tampoco se puede considerar a este último como el abanderado de las ideas conservadoras con respecto al indio, sin duda otros son mejores candidatos.

Asturias llegó a Europa y casi en seguida entró en contacto con Georges Raynaud, quien le transmitió su pasión y admiración por el pueblo maya. En colaboración con J. M. González de Mendoza, tradujo del francés al castellano en 1927 el Popol Vuh, y en 1928 los Anales de los Xahil (en ambos casos, sobre traducciones de Raynaud). Las leyendas de Guatemala fueron publicadas en Madrid, en 1930. Es enteramente improbable que Asturias mantuviese las mismas ideas con respecto al indio guatemalteco que en 1923.

Deseo ahora investigar las causas de la distancia con que el mundo indígena es abordado en *Leyendas de Guatemala*. Como ya he señalado, no creo que tenga su origen en la ideología de Asturias. Me parece más razonable buscar una explicación estética para un fenómeno que es intrínsecamente estético. Creo que esa distancia, que se manifiesta, por ejemplo, en ese adormilamiento en que parecen vivir los

indios, obedece a una razón estilística: el estilo de Asturias se nutre de la oralidad, necesita de la reproducción de la palabra hablada. Hacia 1930, Asturias no era capaz de presentar en un relato, de manera satisfactoria, el habla de los indios.

Tomemos como ejemplo el capítulo XXVII de *El señor Presidente*, “Camino al destierro”, el único en que aparece un indio hablando. Asturias lo presenta de la siguiente manera:

El General Canales se interesó por la conversación del indio, que debía explicarle cómo era eso de robar y no ser un ladrón. - Vas a ver, tatita, que robo sin ser ladrón de oficie, pues antos yo, como me ves, ere dueñe de un terrenite, cerca de aquí, y de oche mulas. Tenía mi casa, mi mujer y mis hijes, ere honrade como vos...

—Sí, y luego...

—Hora-ce tres añes vine el comionade politique y pare el sante del Señor Presidente me mandó que le juera a llevar pine en mis mulas. Le llevé, señor, ¡qu’iba a hacer yo!..., y al llegar a ver mis mulas, me mandó poner prese incomunicade y con el alcaide, un ladine, se repartieren mis besties, y come quise reclamar lo que mie, de mi trabajo, me dije el comionade que yo ere un brute y que si no me iba callande el cacique que me iba a meter al cepo<sup>6</sup>.

*El Señor Presidente* se editó por primera vez en 1946, en México. Un año antes, Rafael Arévalo Martínez, otro escritor guatemalteco, publicó su biografía sobre Manuel Estrada Cabrera, bajo el título *Ecce Pericles*. Queriendo mostrar el grado de corrupción en el que había caído la administración pública, cuenta cómo en cierta oportunidad un funcionario hizo encarcelar a las imágenes de Jesucristo, María y demás Santos que los indios llevaban en procesión, con el pretexto de que no se había pedido autorización previa para la ceremonia, y así poder pedir un rescate por las estatuas. Arévalo Martínez reproduce así el diálogo entre el funcionario y el indio:

Patroncite, ¿cómo va a ser que pongás preses a Jesús, a María, y sobre tode, a San Sebastián?... Los puse presos porque soy la autoridad. Tú mismo, ¿no te he puesto preso varias veces?... Sí. Yo me emborrache y le pego a la Juane. Pero el Jesús, ¿qué te ha heche?<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Miguel Angel Asturias, *El señor Presidente*, Madrid, Sudamericana, Colección Archivos, 2000, p. 221. Las itálicas figuran en el original.

<sup>7</sup> Rafael Arévalo Martínez, *Ecce Pericles*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1945, pág. 50.

Como se ve en esta cita, había en Guatemala en esa época un estereotipo social para remedar el habla del indio, consistente en cambiar las vocales abiertas por “e”. Que Asturias utilizara un recurso tan elemental en *El Señor Presidente* muestra a las claras que todavía no estaba en posesión de la técnica que brillaría en *Hombres de maíz*, años más tarde.

Lienhard en sus conclusiones sugiere que el conservadurismo de *Leyendas de Guatemala* radica en que se olvida al indio vivo, para soñar un pasado cultural remoto. Elogia los cuentos de Agua, de José María Arguedas, por su representación “realista”, y compara las leyendas de Asturias con las leyendas cubanas, de Lydia Cabrera, indicando

Con unos propósitos nacionalistas sin duda semejantes a los de Asturias y apoyándose en la libertad que le ofrecía el vanguardismo, la futura gran antropóloga cubana escribió sus cuentos a partir de la tradición oral de diversas tradiciones afro-cubanas vivas. Por eso mismo, la “dicción” de los *Cuentos negros de Cuba* se acerca mucho más a una oralidad popular que la de las leyendas.<sup>8</sup>

Asturias no podía, todavía, hacer eso. Un melancólico comentario de la voz narradora de *El Señor Presidente* nos lo recuerda:

Las cuadrillas de indios que barrían durante la noche las calles céntricas regresaban a sus ranchos uno tras otro, como fantasmas vestidos de jerga, riéndose y hablando en una lengua que sonaba a canto de chicharra en el silencio matinal.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Martin Lienhard, *op. Cit.*, 547.

<sup>9</sup> Miguel Angel Asturias, *El señor Presidente*, Madrid, Sudamericana, Colección Archivos, 2000, p. 153.